



<p>SE PUBLICA</p> <p><b>UN CUADERNO SEMANAL.</b></p> <p>PRECIO, UN REAL al recibir el número.</p>	<p><b>COLABORADORES:</b></p> <p>CAYETAN, BÀRCIA, ORENSE, PÍ Y MARGALL, FIGUERAS, SUÑER, GARRIDO, ROBERT, SANCHEZ PEREZ, JOARITZ, CALA, CORDOVA, SANCHEZ RUIJO, PRUD, WEDA, ALTADILLA, ZAPATA, TRESERRA, BUSTAMAN, SOLÍS, MASCADO, LOZANO, BASTRE, ANER, VALDÉS, FLORES, LAFUENTE, MINGUST, SIERRA, COLI, FINEDO, ALMIRALL, RUBAU, LONTAU, CLAVÉ, RIBA, CARRION, ETC.</p> <p>DIRECTOR,</p> <p><b>Enrique Rodríguez Solís.</b></p>	<p><b>EDITORES</b></p> <p><b>I. CASTRO Y COMPAÑIA.</b></p> <p>ADMINISTRACION: Plaza de la Cebada, 11, Madrid.</p>
<p><b>AÑO I.</b></p>	<p><b>MADRID 28 DE NOVIEMBRE DE 1871.</b></p>	<p><b>NÚM. 23.</b></p>

**SUMARIO.**

**TEXTO.**—El auto de fe, por Roque Bàrcia.—El doctrinismo agnosta, por Francisco Riusa Purgillà.—La verdadera moral, por Melchor de la Vega.—Todo pasa, por Francisco Flores y García.—Oliviero Cromwell, por L. García del Real.—La vida del desierto, por X.—Glorias cubanas! por N. Estévez.—Teatros, por E. Rodríguez Solís.—Fiestas mayores en Cataluña.—Patio de una cárcel de hombres.—La cantinera republicana (novela)—Revista general, por E. Rodríguez Solís.

**GRABADOS.**—La vida del desierto.—Fiestas mayores en Cataluña.—Patio de una cárcel de hombres.

**EL AUTO DE FE.**

**VII.**

Estoy tocando la terminacion de este tema; mas no quiero omitir una especie que es tan exacta como inverosímil, ó tan inverosímil como exacta. Hablo de arcanos de nuestra historia: hablo de enigmas nuestros.

Los absolutistas se acomodan mejor, como es natural, al despotismo de las leyes.

Sus costumbres suelen ser metódicas y severas.

Su conducta en las relaciones privadas participa de cierta probidad y rectitud; pero su sistema mata los pueblos.

Pueden ser buenos hombres; y muchos lo son; pero no buenos gobernantes: ninguno lo es, ni lo ha sido, ni lo puede ser!

Estúdiense los tiempos del absolutismo, y se hallará

que las naciones tienen que destruirse y despedazarse con guerras injustas, guerras personales, guerras de familia, ó consumirse bajo un órden violento, una armonía estéril, una calma sombría, una paz triste, malhumorada, aniquiladora.

Todo es hipócrita; todo es falso en la política de ese sistema; también la paz; también el órden.

El órden del absolutismo se llama opresion; se llama tormento; se llama espanto; se llama palo, cuerda y fuego: en fin, se llama *auto de fe*.

La paz se llama aniquilamiento; se llama agonía; se llama soledad; se llama muerte.

Nadie se mueve, ni respira, en los tiempos de Carlos II el Hechizado; pero debajo de aquel órden baldío, de aquella paz inútil, de aquella calma parálitica, de aquella vida ética, hay ocho millones de españoles, llenos de andrajos, miserables: hay ocho millones de españoles, entregados á un rey enfermo, á un fraile maniático, á nobles ambiciosos é imbéciles.

La quietud de la escuela absoluta es la quietud del fisiso, que solo se mueve para toser; es decir, que solo se mueve para consumirse y agonizar.

Los moderados son menos morales en sus relaciones, así públicas como privadas; pero su sistema, contrario al derecho divino y á la vinculacion de los mayorazgos, puso á España en camino de ser y de obrar.

Bajo los moderados hay ya ruido, pronunciamientos, luchas, ambiciones, camarillas, alarmas. Cualquiera diría que la sociedad, arrancada de las clausuras del

absolutismo ó del sepulcro de aquellas clausuras, corría á destruirse y á desgarrarse.

Pues no, señores: no pasen Vds. cuidado: esa sociedad no se despedaza; progresa.

Los progresistas son ménos formales en sus relaciones con la ley, en su comercio con la vida pública.

Cuando van, imaginan que vienen.

Cuando vienen, imaginan que van.

Es un partido que viene y va, sin saber acaso que va y viene.

Pero ese partido, que no es niño, ni viejo, ni mujer, ni hombre; que no es pasado, ni presente, ni porvenir; que no es levante ni poniente; noche ni día; mañana ni tarde; pero que es un todo revuelto de tarde y de mañana; de día y de noche; de poniente y levante; de porvenir, de presente y pasado; de hombre y de mujer; de viejo y de niño: ese partido indefinible, confusion de todo, hasta de soldados, de monjas y de frailes, llevó la contra á los señores de la conquista; descentralizó algo el régimen público; vendió los bienes de la Iglesia; puso en circulación diez mil millones amortizados, que hoy representan VEINTE MIL MILLONES de reales, y la España antigua principió á convertirse en la España moderna.

Juan Alvarez y Mendizábal, llamado *ladron* por sus contemporáneos, es el creador de la España actual.

Juan Alvarez y Mendizábal, hasta el día de hoy, es el único santo social del siglo XIX.

Si fuera permitido idolatrar, que no lo es; si fuera permitido alumbrar estampas, que no lo es tampoco, las familias de nuestro país debieran echar á la calle retablos antiguos, en que el fanatismo pintó demonios, y alumbrar la estampa de un hombre benéfico; de un hombre valeroso; de un hombre de fe; de un hombre de génio; de un verdadero civilizador; de un verdadero liberal: Juan Alvarez y Mendizábal.

¡Ah! ¡Quién viese la República en esta infeliz y grande nación! ¡Quién dispusiera de una semana, DE OCHO DIAS NO MÁS, para que las familias españolas pudieran venerar á otros muchos santos sociales!

¡Sí! La noble República española tendrá muchos santos, aunque tenga algunos herejes!

Bajo los progresistas hay más serenatas, más iluminaciones, más músicas; en fin, más ruido, más ir y venir, más tropezar y más caer.

Cualquiera diría que la sociedad va camino de una jaula de locos.

Pues no, señores: esa sociedad no enloquece; progresa.

Vienen hoy los demócratas. Esos demócratas volvieron la espalda á sus compromisos de siempre; faltaron al pueblo; vendieron su causa; tienen la culpa de que una dinastía extranjera haya pisado tierra española; tienen la culpa de que nuevos *obstáculos tradicionales* embaracen nuestra política; tienen la culpa, una culpa terrible, de que los altares de la patria hayan de recibir la ofrenda costosa, sangrienta quizá, de nuevos, de grandes sacrificios.

No hay que disimularlo: esos demócratas deben parecer en el juicio de mañana; esos demócratas pertenecen á la justicia del porvenir.

Finalmente, esos demócratas son traidores; y entre el hereje y el traidor, yo estoy por el hereje.

Pues, sin embargo, esos demócratas, fugitivos del campo de la República, portadores de una nueva doc-

trina, inspiran á la revolucion necesitados nuevas, que la revolucion no hubiera sentido, si hubiese quedado monopolizada por los progresistas vacilantes y por los eternos moderados de la llamada union liberal.

Mucho se habla de la conducta de los demócratas con respecto al Tesoro público: yo nada digo, ni nada sé, ni nada diría aunque lo supiera; pero mucho se habla.

Sin embargo, esos tránsfugas introdujeron en la Constitución española, aunque imperfectamente, la difícil noción de los derechos individuales; y esto dejará algo indudablemente en la vida del pueblo español.

El pueblo aprende lo que ve escrito, y no olvida tan fácilmente lo que aprende una vez, porque le cuesta tanto olvidarlo como le ha costado el aprenderlo.

Y el aprender esas lecciones ¡cuestan tantos siglos! No es la virtud de los demócratas, aunque no digo ni que la tengan, ni que la dejen de tener: no es la virtud de los individuos; pero es la virtud de la escuela que habían seguido en otros tiempos y en otro campo: es esa virtud que los hacia portadores de una nueva doctrina, de un HOMBRE NUEVO en nuestro país, que se llama LIBERTAD DE CULTOS.

La libertad de cultos vale seguramente una revolución.

Nebuloso es nuestro presente; agitado y sombrío se ofrece el mañana; el Tesoro aterra; pero no creais que la sociedad se disuelve.

La lucha empezada nos salvará.

El movimiento nos dará la vida.

Esta democracia confusa, revuelta, escandalosa, si quereis, será al fin un progreso en la historia política de España.

¿No lo creéis? El tiempo lo dirá; y es posible que no tarde mucho.

Pues supongamos que viene la República federal democrática, porque si es otra, no es tal República.

Supongamos que viene ahora ó luego; y luego ó ahora ha de venir. ¿Entendeis que volverá España al orden antiguo, al silencio fanático, al mutismo absoluto? Pues os engañais lastimosamente.

¿Entendeis que los republicanos son ángeles del cielo, espíritus puros?

Os engañais tambien.

¿Entendeis que no habrá ningún caso de injusticia, de favoritismo, de inmoralidad pública y privada, de estupidez, de audacia escandalosa?

Os engañais del mismo modo. Los republicanos son hombres, y el hombre yerra, como el astro se eclipsa.

Pero debajo de aquella audacia escandalosa de un individuo, de aquella estupidez, de aquella inmoralidad pública y privada, de aquel favoritismo, de aquella injusticia: bajo la capa de ciertos tumultos, de ciertos desórdenes, de ciertos trastornos, de ciertos escándalos *personales, propios del individuo*, está la suma probidad, la suma rectitud, el orden profundo, la paz inalterable del sistema.

Bajo esas revueltas superficiales está el derecho.

Bajo ese individuo, ora ambicioso, ora disoluto, ora imbecil, está EL HOMBRE.

La República desamortizará los cuatro feudalismos que hay en España: el de la Corona, el del Estado, el de la Iglesia y el de la Conquista, ó sea el señorío territorial del noble.

La República creará en España uno de los primeros pueblos de Europa y del mundo.

Esto se hará entre agitaciones pasajeras; entre cataclismos aparentes; entre bullas é intrigas particulares; pero se hará.

Y bien: ¿cómo se explica esa manera de vivir en las sociedades humanas?

Respondo que se explica de un modo muy fácil.

En la sociedad tiene que haber reformas, mutaciones de régimen, que son mutaciones de tiempo, mutaciones de vida.

La sociedad debe tener su crecimiento periódico, su desarrollo sucesivo, su revolución ascendente, su creación propia, como tiene la tierra su movimiento; el mar, sus borrascas; la atmósfera, sus torbellinos; las nubes, sus rayos; los montes, sus volcanes.

Quitad ese vaiven de la naturaleza, y el universo se corrompe.

Quitad esa lucha de la sociedad, y el hombre se muere.

Vivir es andar; y por eso anda todo el mundo; hasta el planeta que habitamos.

Y por eso andamos nosotros, que somos viajeros de la tierra.

Y andamos hoy, y andaremos mañana, y andaremos siempre.

¿Siempre? ¡Sí, siempre!

Aquí tenéis la incontestable explicación de la reseña que acabo de haceros.

El despotismo es quieto, silencioso, mudo.

El despotismo es holgazán, ignorante, fanático, vicioso, pobre, hasta enfermizo.

La libertad es agitada, ruidosa, elocuente.

La libertad es virtuosa, diligente, rica, sana, culta, creadora de grandes sentimientos, de grandes instintos, de grandes ideas, de esperanzas grandes.

El despotismo gime hasta cuando bosteza, como el hombre tullido grita hasta cuando se muere.

La libertad canta hasta cuando llora.

Todas las creaciones gigantescas del mundo; todos los colosos del arte, de la ciencia y de la invención, son cantos y lágrimas de la libertad.

¡Oh libertad sagrada! Después del ser que debo á Dios; después de la existencia que debo á mis padres, tú eres en el mundo á quien debo más. Por tí amo, por tí discuro, por tí trabajo, por tí espero, vivo por tí.

¡Sí, musa sagrada de mi vida! Vivo por tí, porque tú me das la conciencia; tú me das el alma; tú me das este sér humano que yo siento latir en mis sienes y palpitar en mi corazón.

¡Oh libertad divina! Después de tantos años de luchar y sufrir por tu santo nombre, á la sombra de tu bandera, como fiel soldado de tu causa, permite que te siga, permite que te loe, permite que te ame.

Voy á entrar en la explicación de la lámina que ha servido de tema á estos artículos.

Se cree por muchos que el cardenal Jimenez de Cisneros, que fué el espíritu de los Reyes Católicos, inventó el Santo Oficio, y por consiguiente, *los autos de fe*.

Esto es inexacto, y debo aclarar la materia, para que no caiga sobre nuestro país la maldición tremenda de seis siglos atormentados.

Nuestro cañónigo Llorente, en su retrato de los pa-

pas, dice: «Inocencio III instituyó el tribunal de la Inquisición contra los herejes y sospechosos de herejía, el cual ha sacrificado en la cristiandad millones de personas.»

Esto sucedió de 1192 á 1216, lo cual demuestra que el papado tenía establecido el tribunal de la Inquisición con más de dos siglos de anterioridad al reinado de los Reyes Católicos.

Estos datos concuerdan con lo que afirma César Cantú en su notable historia *Los Herejes de Italia*.

En 1220, refiriéndome á dicho historiador, se conocía en Milan el *Santo Tribunal de la Fe*, siendo inquisidor un tal Moneta, que perteneció á la secta de los Patarinos, y se volvió después al papado, en premio de cuya apostasía se le dió el gobierno de aquel tribunal.

Moneta rugía como los leones, dice la *Historia de los Herejes*. ¿Debo callarlo? ¡No!

Habia por entonces en Lombardia una familia de patarinos, de la cual era parte una mujer jóven y hermosa.

El tribunal, informado sin duda por algun amante que no lograba lo que queria, llamó á la mujer, teniendo lugar el siguiente diálogo:

Moneta.—¿Qué eres?

Mujer.—Patarina.

Moneta.—¿Sabes á qué te expones?

Mujer.—Me lo han dicho.

Moneta.—Y tú ¿lo sabes?

Mujer.—Sí, señor.

Moneta.—Este tribunal te conjura, por primera vez, á que abracés la religion católica, apostólica, romana.

Mujer.—Soy patarina de nacimiento.

Moneta.—Este tribunal te conjura por segunda vez.

Mujer.—Por segunda vez digo al tribunal que nació patarina y patarina he de morir.

Moneta.—Este tribunal te conjura por tercera y última vez, mujer de Lombardia.

Mujer.—Por tercera y última vez digo al tribunal que antes me liberte ciega, y cieguen mis padres, que llamarme católica, apostólica, romana.

Moneta.—Quemaré á tu padre en presencia tuya.

La mujer bajó la cabeza.

Moneta.—Quemaré á tu madre delante de tí.

La mujer prorumpió en un llanto amarguísimo.

Moneta.—Quemaré á tus hermanos; quemaré á tus abuelos, si viven; quemaré á tus hijos, si los tienes; quemaré á tu amante, si alguno te ama.

La mujer lloraba con frenesí.

Moneta.—¿Qué respondes, mujer de Lombardia?

Mujer.—Me quemareis á mí con mis abuelos y con mis padres? ¿Morré yo con mi familia?

Moneta.—Todos acabareis.

La mujer se enjugó las lágrimas; levantó la cabeza; una luz divina se reflejó en su frente; una alegría incomprendible alumbró sus ojos, la sublime alegría de los mártires, y dijo al bárbaro inquisidor:

—Soy patarina de nacimiento.

—Yo soy Moneta.

Aquel hombre, aquel monstruo, aquel bárbaro, rugía como un león.

—¡Ah! gritaba dirigiéndose á la mujer; yo veré derretir tus carnes; yo escucharé crujir tus huesos; yo oiré tus gritos, y me reiré, nécia patarina.

—Acabemos todos: sed breve, señor; dijo con voz angelical la mujer hermosa.

Moneta se mordía las uñas, como el oso, y volvía a rugir, como los leones.

Una hoguera se enciende en la plaza pública.

Los condenados son un anciano, una anciana y una joven bella.

Una hidra, situada cerca del verdugo, miraba á los tres.

El anciano se llegó á la joven y la besó.

La joven, pálida como una muerta, besó al anciano.

Pasados algunos instantes, aquel hombre ardía.

La joven permaneció inmóvil, con la vista clavada en el suelo. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Moneta rugía otra vez.

Era inútil: había dado con un alma fuerte.

¡Mujer lombarda, bien hayan tus dolores; bien hayas tú! Yo te saludo; yo te envidio.

La anciana se llegó á la joven.

—¡Adios, hija mía! la dice.

—¡Adios, madre: hasta luego! contesta la hija, y la dió el último beso.

Ardió la anciana; ardió la joven; ¡ardieron los tres, y no se hundió el globo! Y ¡no se cayó el cielo! Y ¡el mundo existe! Y ¡todos los hombres no nos hemos muerto de pesadumbre y de vergüenza! Y un papa insolente se llama infalible!

Víctimas sacrificadas, dormid en paz: ya se cumplió vuestro sacrificio. Vosotras moristeis para que el ídolo cayera: ¡el ídolo cayó!

El monstruo rugie todavía; pero muere rugiendo.

¿Lo oís? Llegue mi voz á vuestras sepulturas, y convirtiérase al tocar nuestro polvo en un himno de gloria y de júbilo; también de amor.

¿Qué sintió aquella madre al recibir el último beso de su hija?

¿Qué sintió aquella hija al recibir el último beso de su madre?

¡Tumba de Moneta, responde!

¡Responde, bárbaro!

¡Ah! Toda su respuesta es un nuevo rugido.

¡Ruge; pero muere: Dios es más que tú!

No puedo terminar en este número: será en el próximo.

ROQUE BARRIA.

## EL DOCTRINARISMO AGONIZA.

El hombre pensador, que exento de pasiones y cálculos egoístas, fija su mirada analítica en las entrañas del MONSTRUO político que las gentes llamadas del *justo medio* alimentan con la moral y el tesoro público, no podrá ménos de estremecerse de espanto al observar el cuadro de triste y desgarradora verdad que se presentará á su vista; y si dejando al monstruo la fija en las eminencias, en los séres *superiores* que le dan vida con su robusta y extensa inteligencia, ¡qué desconsuelo más profundo, qué inmenso desaliento no se apoderará de su alma! Porque necesita mucha fé, una grande y ardiente fé en la bondad de los hombres y en la excelcitud

y virtudes de la humanidad para no caer en los insostenibles abismos del excepticismo y de la impiedad.

Quizá alguno nos considere extraviados; quizá la nota de exagerados y extravagantes la deje caer algun travieso ingenio sobre nuestra humilde humanidad por aquella desoladora reflexion; pero ¿qué vemos, qué nos enseñan los representantes del doctrinarismo?

Eclécticos en filosofía, volterianos en creencias, adoradores de Malthus y de Maquiavelo en política y en economía, y sin fe ni en el principio de libertad ni en el de autoridad, méstranse ciegos idólatras del Dios Éxito, ante el cual doblan sumisos y reverentes su rodilla.

Esta es su Moral, su Religion, su Dios, su Política, su Patria y su Ley.

El desgraciado que lleno de bondad sufre y ama, es, á su juicio, un tonto de capriote, un imbécil, indigno de la consideracion de los hombres fuertes é ingeniosos. Las colectividades que con aliento generoso en el corazón y noble emulacion en su alma dedican con entusiasmo y desinterés sus trabajos y su inteligencia á la regeneracion social, al progreso humano, las califican con los más groseros epítetos, con los más sangrientos sarcasmos, por su idealismo perturbador y sus utopias demagógicas.

¡Y quedan tan satisfechos cuando su ponzoñosa é inmoral palabra ha causado en el mundo ignorante y egoísta el efecto apetecido!

El caso es triunfar. Disponer una vez más del poder merced á los crédulos y asustadizos: ¿qué importa lo demás? ¿Qué la patria, la moral, la ley y la humanidad ante el éxito?

¡Triunfaron, y gozan del presupuesto y satisfacen su sed de mando?

—Hún lause, pues, en el abismo de la nada la Patria, la Religion, la Ley y el Estado.

Este es el doctrinarismo; así piensan y obran sus prohombres.

Esta es su moral, aquella moral tan decantada por sus tremebundos y jeremiacos oradores, aquella moral que en su fervor utilitario califican con fruicion hipócrita de *cristiana*.

Esta es su Religion, aquella religion sin la cual no comprenden ni al Hombre ni á la sociedad.

¡El éxito, el poder, el presupuesto!

Esta es su Patria, aquella patria por la cual tanto vociferan é insultan á sus adversarios políticos.

Esta es su Ley, aquella ley por la cual tanto respeto muestran cuando mandan.

¡Farsantes...!

Así sois fervientes partidarios de la INICUA teoria de los hechos consumados inventada en provecho de los utilitarios de la cosa pública.

Así hemos generalmente visto encaramados en el poder á unas docenas de hombres bulliciosos, de medianías impudentes, de *condottieris* descarados, que se lo incautaron por juro de heredad, y así hemos podido presenciar cómo impunemente han dispuesto de la fortuna pública, de los intereses de los pueblos, al igual que el tahir dispone de la moneda que recoge en el garito del vicio.

¿Cuanto durará esto? ¿Cuando morirá el monstruo del doctrinarismo, que de tal modo está corrompido y es

corruptor? ¿Cuando acabará esa gran vergüenza, esa inmensa degradación, esa repugnante y asquerosa inmoralidad?

Hánse levantado constantemente en su contra voces enérgicas y elocuentes, y voluntades generosas y resueltas han pugnado heroicamente para que desapareciera de nuestra patria: filósofos distinguidos é insignes patriotas han esgrimido contra él toda clase de armas nobles, y han jugado su fortuna, su tranquilidad y su vida en rebeliones heroicas para sacudir su ignominioso yugo. Pero ¡el éxito no correspondió nunca á tanta abnegación, á tan sublime sacrificio! Hecatombes sangrientas fueron su remate, y la sangre de los mártires de la idea emancipadora, de los campeones de la sagra-

da causa de la humanidad y del derecho, fué por el monstruo doctrinario hollada, y la memoria de los que la derramaron por sus hombres escarnecida y menospreciada. ¡Ni la revolución que destruyó el trono que lo cobijaba bajo sus inmundos pliegues, y que trajo á la vida pública á las democracias, acabó con su tan maldelicida existencia!

Momentos hubo en que pareció hundirse en la sima del no ser, empujado por la victoriosa é inflexible mano de la democracia; momentos hubo en que lo vimos desaparecer de la vida real, cuando trémulo y cobarde sustraíase á las iras populares ante masas indignadas que clamaban venganza.

¡Ilusion engañosa!



LA VIDA DEL DESIERTO.

El monstruo, al igual que las antiguas divinidades sirias, que morían y revivían periódicamente, desapareció de la escena pública para reaparecer arrogante y amenazador, con los mismos vicios y pasiones de siempre: mejor dicho, el monstruo no desapareció nunca; metamorfoseóse cubriéndose con el disfraz democrático, engañando desde el poder al confiado pueblo.

Veido hoy arrojando la máscara democrática desde los altos sitialos que ocupa, y presentarse brioso y provocativo en el palenque de la lucha, do espera vencer y exterminar á los campeones de la causa popular, á los generosos defensores de la libertad, del derecho y de la justicia.

¿Representa una realidad en los solemnes instantes que provoca una guerra fratricida, una lucha á muerte con las huestes del trabajo y de la libertad? ¿Tiene efectivamente confianza en sus fuerzas?

Sentiríamos engañarnos; nunca nos perdonaríamos el mostrarnos ilusos en estos momentos de nuestra vida pública; pero no titubearmos ni un segundo. El doctrinarismo agoniza y su muerte está próxima.

Las heridas causadas por las saetas democráticas que se le han arrojado sin interrupción en el período de tres años manan constantemente sangre, y por mucha que tenga el monstruo, no deja de verse lo profundamente debilitado que se encuentra.

El lo conoce perfectamente y sabe que su fin está cercano. Si hoy se irgue arrogante y amenazador, si hoy ruge con cólera soberana, es más bien el último destello de su soberbio espíritu, la última fanfarronada del gladiador que aspira á morir en posición digna, que la confianza en sus fuerzas de combate, de la esperanza de vencer en la lucha á muerte que tiene entablada con la democracia.



Y morirá.

Las multitudes le han conocido descreído é inmoral, cruel y utilitario, disipador y detentador de la fortuna pública, y el aborrecimiento que le profesan es profundo y mortal.

Y nadie le ama, ni aun las clases medias, esas clases que son sangre de su sangre y huesos de sus huesos, porque no se ama, no se puede amar en la tierra el vicio y el crimen, la hipocresía y la injusticia. Estarán á él unidas, formarán un solo cuerpo; pero sus almas no se unirán jamás.

Batallarán juntos; á una defenderán el privilegio y la usura; pero sin fé en la bondad de su causa, sin un principio, sin una idea de justicia y de amor, el brazo levantado para herir al derecho caerá inerte como la *materia* que lo mueve.

¿Lodo para alguien?

Que observe su espanto, sus gritos, sus jeremiadas, sus tremebundos vaticinios y sus tetricos y fatídicos sermones; que observe su cólera y su terror, sus vacilaciones y sus amenazas enfrente del clamoreo inmenso que en todo el horizonte de Europa se eleva por los defensores de la emancipación social, sus irreconciliables enemigos, y quedará convencido de aquella verdad.

El día de la justicia se acerca: la muerte del doctrinarismo será la señal de su triunfo. El mundo está de enhorabuena, porque va á escupir de su seno al monstruo que se alimenta de su moral y su tesoro.

Hordas inmensas brotan de las entrañas de la sociedad armadas con la antorcha del derecho y con el hacha de la justicia, santamente indignadas contra las pandillas políticas que con su gangrenoso aliento lo animan á la pelea, y aquellas hordas, abrigamos la convicción más profunda, realizarán la amenaza exterminadora que la Humanidad ha fulminado sobre su cabeza.

¡Feliz día aquel!

La renovación moral, política y económica del mundo sensible será un hecho, y la humana especie cumplirá su bello destino en el planeta que habitamos con la dulce tranquilidad y majestuoso curso que le marca la ley del Progreso. Porque el edificio social se elevará sobre las eternas é inmutables bases de justicia prometidas por las ideas de libertad, de igualdad y de fraternidad predicadas, y el sér humano cumplirá su misión en la tierra con perfecto conocimiento de sus derechos y deberes dentro de su natural condición.

Entonces la ignorancia y la miseria no consumirán ni envilecerán á las sociedades de racionales que pueblan el mundo, y el monstruo doctrinario no lo hollará con su letal é inmundicia planta, ni lo manchará con la asquerosa y corrosiva baba que escupe.

¡Habrá muerto para no resucitar jamás!

Regojense los hombres de buena voluntad y sano corazón por su agonía de hoy.

Felicitemos á la humanidad por su muerte próxima.

FRANCISCO RUIPA PERPIÑA.

## LA VERDADERA MORAL.

Bibliotecas enteras se han escrito sobre moral. ¡Qué de libros inútiles! ¡Qué de libros hasta perniciosos! La mayor parte de ellos son obra de los sacerdotes y de sus

discípulos, que no han querido ver la moral más que bajo el punto de vista religioso; es decir, basada solamente en las relaciones que unen al hombre con la divinidad. Es, pues, preciso buscar otra base más amplia para establecer la moral, y en la cual quepan, no solo los hombres de ideas religiosas, sino todos los hombres en general.

Todos reconocen que existe una moral universal; pues si existe una moral universal, no puede ser ella efecto de una causa particular. Esta moral habrá sido la misma en los tiempos pasados, y tendrá que seguir siéndolo en los venideros siglos. La moral no puede, pues, tener por base las creencias religiosas que desde el origen del mundo y del uno al otro polo han variado continuamente.

Los griegos han tenido dioses inicuos. Los romanos han honrado dioses crueles. El adorador estúpido del fetichismo adora más bien á un demonio que á un Dios. En una palabra, cada pueblo se hizo sus dioses y los hizo como mejor le plugo: los unos buenos, los otros malos; los unos relajados, los otros de costumbres austeras.

Se dirá que cada pueblo ha querido deificar sus pasiones y sus creencias. Pero nosotros preguntamos: ¿sobre cuál de las diversas é infinitas religiones vamos á fundar nuestra moral?

«No existe un pensamiento comun que una á todos los hombres? Si. A pesar de la diversidad de sistemas religiosos, todos los hombres y todas las naciones han sentido la necesidad de ser justos. Todos los hombres han honrado como virtudes la bondad, la conmiseración, la amistad, la fidelidad, el reconocimiento, la sinceridad, la ternura paternal, el respeto filial; en fin, todos los sentimientos que han podido mirarse como otros tantos lazos propios á unir más estrechamente á los hombres.

El origen de esta unanimidad de juicios tan constante y tan general no debe, pues, buscarse entre las opiniones contradictorias y pasajeras.

Si los ministros de la religion parece que piensan de distinto modo, es porque con su sistema se hacen los dueños para arreglar á su capricho todas las acciones de los hombres, disponen de todas las fortunas y de todas las voluntades, y se aseguran en nombre del cielo el gobierno arbitrario de la tierra.

Pero hoy felizmente la máscara ha caído.

Ante el tribunal de la filosofía y de la razon, la moral es una ciencia ajena por completo á toda religion positiva que tiene por objeto la *conservación* y la *dicha* comun de la especie humana: á este doble objeto deben sujetarse todas las reglas.

Su principio físico, constante, eterno, está en el hombre mismo; en la similitud de organizacion de uno y otro hombre; similitud de organizacion que entraña las mismas necesidades, los mismos placeres, las mismas penas, la misma fuerza y la misma debilidad; origen de la necesidad de la sociedad para mantener una lucha comun contra los peligros tambien comunes y nacientes del seno de la naturaleza misma, que amenazan al hombre por cien lados diferentes.

Hé aquí el origen de los lazos particulares y de las virtudes domésticas. Hé aquí el origen de los lazos generales y de las virtudes públicas; hé aquí el origen de

la noción de una utilidad personal y pública; hé aquí el origen de todos los pactos individuales y de todas las leyes.

Muchos escritores han buscado los primeros principios de la moral en los sentimientos de amistad, de ternura, de compasión, de honor, etc., porque todos estos sentimientos los encuentran grabados en el corazón humano. Pero yo á mi vez pregunto; ¿no encuentran también grabados en el corazón humano el ódio, la envidia, la venganza, el orgullo, el amor á la dominación?

¿Por qué, pues, han fundado la moral sobre los primeros sentimientos y no sobre los últimos? ¿Es que han comprendido que los unos eran en provecho común de la sociedad y los otros la podían ser funestos? Estos filósofos han sentido la necesidad de la moral, han entrevisto lo que debía ser, pero no han comprendido el primer principio, el principio fundamental.

En efecto, los mismos fundamentos que adoptaron para fundamento de la moral, porque les parecieron útiles al bien general, abandonados á sí mismos podrían serle fatales.

¿Cómo determinarse á castigar al culpable si no se atiende más que á la compasión?

¿Cómo librarse de la parcialidad si no se toma consejo más que de la amistad?

¿Cómo no se ha de favorecer la pereza si solo se atiende á la caridad?

Todas estas virtudes tienen un término, pasado el cual degeneran en vicios, y este término está marcado por las reglas invariables de la justicia, ó lo que es lo mismo, por el interés común de los hombres reunidos en sociedad y por el objeto constante de esta reunión.

Este término, es verdad, no ha sido todavía conocido; pero ¿cómo hubiera podido serlo cuando el interés común no fué nunca el mismo?

Hé aquí por qué entre todos los pueblos y en todos los tiempos se han formado ideas tan diferentes de las virtudes y de los vicios; porque hasta aquí la moral ha parecido no ser entre los hombres sino como una cosa de pura convención.

Que han corrido muchos siglos en la profunda ignorancia de los primeros principios de una ciencia tan importante, es un hecho cierto; por tanto, no nos detendremos más en este punto. Lo que no se concibe es cómo no se ha visto antes que las reuniones de los hombres en sociedad no tienen, no pueden tener otro objeto que la dicha común de sus individuos; que no ha existido ni puede existir entre ellos otro lazo social que el del interés común; que no hay nada que pueda convenir al orden de las sociedades si no conviene á la utilidad común de los miembros que la componen; que la sociedad es la que determina necesariamente el vicio y la virtud, y así nuestras acciones son más ó menos virtuosas, segun que tiendan más ó menos al provecho común de la sociedad, y son más ó menos viciosas, segun que la sociedad reciba por ellas un perjuicio común más ó menos grande. Y si no, veamos.

¿Es siempre provechoso para la sociedad que se erija en virtud el valor? No: será más ó menos; segun la utilidad que reporte á la sociedad misma. La prueba de ello está en que se castiga como vicio ó crimen en el hombre que se sirve de él para turbar el orden.

¿Por qué la embriaguez es un vicio? Porque cada ciu-

dadano está obligado á concurrir al bien común, y para cumplir esta obligación tiene necesidad de conservar libres sus facultades.

¿Por qué ciertas acciones son más punibles en unos hombres que en otros? Porque de ello pueden resultar mayores males á la sociedad.

¿Por qué la sociedad debe ser útil á cada uno de sus miembros, y es de justicia que cada uno de sus miembros sea útil á la sociedad?

Porque sin esta correspondencia de relaciones saldría perjudicada lo mismo la sociedad que el individuo.

Por todo lo cual se deduce que ser virtuoso es ser útil á la sociedad; ser vicioso es ser inútil ó perjudicial.

Hé aquí la moral.

Si, esta es la moral universal; esta es la moral que nace de la naturaleza del hombre, que nace de la naturaleza de la sociedad: esta moral que no puede variar más que en sus aplicaciones, pero jamás en sus creencias, jamás en sus principios: esta moral, en fin, es á la que deben subordinarse todas las leyes.

Si no fuera porque consideramos ya demasiado largo este artículo, pasaríamos una rápida ojeada sobre la historia para demostrar que jamás ha dominado la verdadera moral entre los pueblos, porque nunca se ha atendido más que al interés de unas clases en perjuicio de las demás, y la verdadera moral, ya lo hemos dicho, es la que, separándose de toda creencia religiosa, tiene por objeto reglar las acciones de los hombres entre sí para alcanzar la conservación y dicha común de la especie humana.

Pero si hasta hoy no se ha practicado esta moral, creemos firmemente que no ha de tardar el día en que la justicia sea una verdad entre todos los hombres.

MELJOR DE LA

TODO PASA.

Y los siglos girarán  
en perpetuo movimiento.  
ESPIONCADA.

I.

Muere la flor al nacer  
al soplo del aura leve:  
todo pasa, todo es breve:  
muere el dolor y el placer.  
Todo marcha á perecer  
para hundirse en el olvido:  
todo el tiempo lo ha extinguido  
á su paso asolador,  
y donde muere una flor  
fabrica un ave su nido.

Vino una generación  
que la verdad proclamaba,  
y esta verdad asentaba  
en la santa Inquisición.  
Y al bajar al panteón  
aquella gente y su tema,  
baja con el anatema  
de un siglo, que la verdad  
mira con más claridad  
que la que á los hombres quema.

Del tiempo en el ancho abismo  
los siglos hallan su tumba.  
el mundo marcha, y derrumba  
la ciencia al oscurantismo.  
Reluchando el fanatismo  
quiere sostener su imperio  
del mundo en el hemisferio;  
pero nace otra verdad,  
y van á la eternidad  
dudas, errores, misterios.

Desde el principio del mundo  
siempre vivir es sufrir,  
y solo en el porvenir  
vislúmbrese el bien fecundo.  
Sigue el progreso iracundo  
derrribando sin temor  
el pedestal del error,  
y... derrílla... y se entretiene:  
pero siempre lo que viene  
es sin duda lo mejor.

## II.

Aí el bando progresista,  
al presentarse en escena,  
hizo creer que era buena  
su teoría pesimista.  
Mas bien pronto este egoísta  
partido, desde el poder  
nos hizo creer y ver  
lo malc de su sistema.  
¡Si es el obligado tema  
nacer para perecer!

Viene *La Internacional*  
siendo el progreso su anhelo,  
y pone el grito en el cielo  
esta sociedad venal.  
Mas no sabe por su mal  
que andando el tiempo que crea  
vendrá el petróleo, la tea,  
y después de todo eso  
(como no para el progreso!)  
nacerá otra nueva idea.

Por eso, al ver lo que veo,  
maldito lo que me apuro.  
Yo entiendo, y sé de seguro,  
que nuestro rey Amadeo  
pronto pasará. Lo leo  
en el Destino. A fé mía  
que con su eterna manía  
me carga lo opusíon.  
¿No veis que esta situación  
se va con su monarquía?

FRANCISCO FLORES Y GARCÍA.

## OLIVERIO CROMWELL.

## I.

PRIMERAS VICISITUDES DE SU VIDA.—ESTADO POLÍTICO, RELIGIOSO Y SOCIAL DE LA GRAN BRITANÍA Á FINES DEL REINADO DE CARLOS I.

La existencia de los grandes hombres ha sido siempre objeto predilecto del estudio de los historiadores, con especialidad cuando el génio de esos hombres ha podido

ejercer decisivo influjo sobre el destino de los pueblos. La Providencia, decimos los creyentes; la Fatalidad, dirán los pesimistas, prodiga de muy tarde en tarde en el sér humano las dotes extraordinarias, casi divinas, que exige la resolución de los grandiosos problemas del progreso de la sociedad.

Poco importa á estos fines el frecuente abuso que de tal prodigalidad suelen hacer los escogidos; muy poco la detención ó el extravío de alguno de los pasos de su camino. Al iluminarles el génio, alumbrá tambien la marcha de las generaciones de su época, y sus reflejos sirven de guía á las generaciones del porvenir.

Oliverio Cromwell nació el año 1599 en Huntingdon, y era hijo de un hidalgo que, en calidad de tal, solo pudo legarle una escasísima fortuna (1). Esto, no obstante, el solícito padre hizo los sacrificios suficientes á proporcionarle una educación esmerada, y la famosa universidad de Cambridge, rival de las de Salamanca, de París y Alcalá de Henares, tuvo la honra de abrir sus puertas al futuro dictador, por más que, si hemos de atender á los fueros de la verdad, no hubo de corresponder, en sus claústros, á las halagüeñas esperanzas que su familia concibiera.

Las apacibles ocupaciones de las letras y las argucias de la escolástica cuadraban de la peor manera posible á las inclinaciones belicosas de su ánimo indomable. Así es que, no hallando entonces digno objeto en que ejercerlas, únicamente se distinguió por su conducta borrascosa y por la manera disipada con que dió brevísima cuenta de su patrimonio, hasta el punto de verse reducido á la miseria más completa.

En tan tristes circunstancias dió Cromwell la primera prueba de la grandeza de su carácter y de la fuerza de su voluntad. «Después de haber sido uno de los hombres más disolutos del reino, se volvió de repente uno de los más rígidos y sóbrios: de suerte que el mismo ardor de temperamento que le había arrastrado á los extravíos del placer le condujo á una religión exagerada (2).»

Abandonando las aulas de Cambridge, intentó crear-se una nueva fortuna acudiendo á la agricultura; mas ¡tanto vano! al mostrarse ingrata la tierra á sus esfuerzos é inteligencia, parecía revelar-le que no era allí, á su seno, donde le llamaba el destino, por muy nobles que fuesen aquellos constantes esfuerzos.

Cromwell no se desanimó tampoco. Convertido en ferviente puritano, merced al cambio brusco que hubo de realizarse en sus costumbres, y viendo las persecuciones sufridas por una secta, la más calumniada y la más cristiana del protestatismo, decidióse, en unión de otros compañeros, Arturo Haselrig y Juan Hampden, á abandonar su patria, trasladándose con una colonia numerosísima que ocupaba ocho buques á las posesiones de América, conocidas bajo el nombre de Nueva-Inglaterra.

A pesar de que este destierro voluntario debía ser mirada como una prueba de la sinceridad de opiniones de aquellos hombres, librando al ánimo obcecado de Carlos I

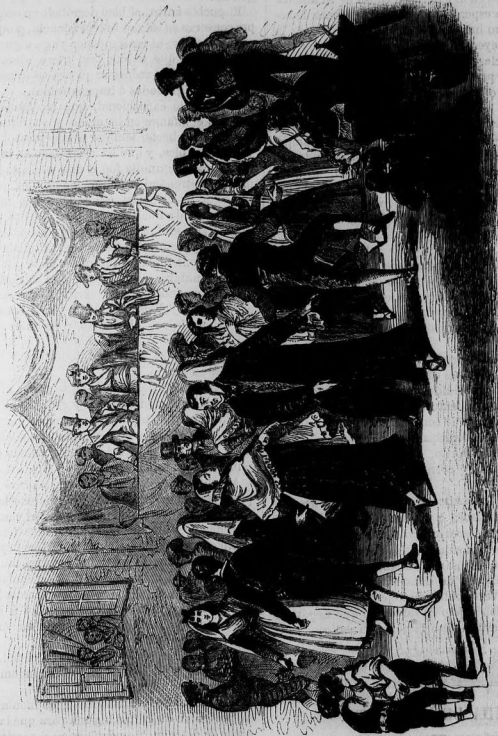
(1) Algunos suponen que era hijo de un cervecero, pero estas opiniones particulares han sido desmentidas por la mayor parte de los historiadores.

(2) Goldsmith: *Historia de Inglaterra*.

del temor que abrigaba respecto á su influencia trastornadora, la adversa suerte que habia de conducirle hasta el cadalso le inspiró la idea de impedir el desembarco á pretexto de que tal emigracion privaba al Estado de muchos ciudadanos útiles. Y con efecto, Cromwell y sus compañeros fueron precisados á volver á la tierra

natal. ¡No sabia el tiránico monarca que entre aquellos colonos se hallaba el que en nombre del pueblo ultrajado habia de ser su juez, el que en nombre de la más sagrada justicia tendria que fallar de un modo inexorable!

Desde aquel acontecimiento empieza la importancia, la significacion é influencia de Cromwell en los destinos



FIESTAS MAYORES EN CATALUÑA. — (DAME DE PLAZA).

de su país. Comprendiendo que necesitaba de la fuerza para combatir á la fuerza, ingresó en las filas del ejército, donde pasando por todos los grados, hubo de llegar con rapidez al puesto de lugarteniente de Fairfax, el primer general con que contaba la Inglaterra en aquella época.

Mas, en tanto que veamos cómo usó de sus dotes extraordinarias en aquellos escalones que habian de aproximarse á la cumbre, observemos en qué estado se hallaba el pueblo inglés y cómo el terreno se preparaba para la obra revolucionaria.

La historia consigna que pocos príncipes han subido

al trono con tantas ventajas aparentes como Carlos I de Inglaterra, y sin embargo, se ha visto que ninguno ha encontrado y creado tantos obstáculos como él para el desempeño de aquel puesto. Empezó por ser querido por sus virtudes privadas, y concluyó por ser detestado por sus faltas públicas.

Próspera y floreciente la Inglaterra, tranquila en el interior y respetada en el exterior á causa de su alianza con Francia, debía esperarse un acrecentamiento de bonanza bajo un cetro impulsado por los principios de la justicia. Pero los reyes, cualesquiera que sean sus virtudes, tienen dos clases de justicia, y al usar de la una abusan de la otra, porque destinan la primera al servicio de su egoísmo y la segunda al régimen de los pueblos.

Sin considerar aquel príncipe que ya en su tiempo los hombres habían aprendido á pensar, y que lo principal que de este pensamiento deducían era su sagrado derecho al inapreciable ejercicio de la libertad; no queriendo ver que únicamente la ignorancia ó el miedo habían permitido á los soberanos de tiempos anteriores la usurpación de un poder absoluto, que seguir la tradición de conceptuar los derechos del ciudadano como reales privilegios, y la no ménos absurda de conservar, cual sacro depósito, las innumerables prerogativas de sus antecesores. No vió que el g nimo de la libertad cernia sus alas sobre el reino, y que entre el silencio de muerte del despotismo empezaba á resonar el terrible rechinar de las cadenas viles hasta romperse de una vez.

Los Parlamentos despertaban de su letargo á las  n rgicas reclamaciones de sus comitentes, y se negaron á votar los cuantiosos subsidios que Carlos reclamaba, ya para la realización de aventuras militares, contra la voluntad de la nación, tales como la malograda expedición contra las costas de España, dirigida por el duque de Buckingham, su favorito, ya para el sostenimiento de una c rte fastuosa y corrompida como las de todos los tiranos.

La obcecación   insensatez de aquel monarca desgraciado se prueba en el solo hecho de que, negados tales recursos, redact  un discurso   fin de hacer saber   las Cámaras que no habian sido reunidas sino para votarle subsidios, y que si se los rehusaban, omitiendo lo que estaba en las facultades de ellas respecto   auxiliar al Estado, habria de verse obligado   ejercitar el poder que Dios le confiara, con objeto de salvar lo que negativas tan rebeldes pondrian necesariamente en peligro.

L. GARCIA DEL REAL.

(Se continu r .)

## LA VIDA DEL DESIERTO.

Dignas de estudio y de profundas meditaciones son las costumbres de los  rabes, de esos hijos de Agar,   los cuales se les dice en la Escritura:

«T  mover s tu tienda contra tus hermanos y mantendrás guerra con ellos.»

Para nosotros, que tantos recuerdos conservamos de su bárbara y sublime grandeza, de su heroismo y de sus

especiales cualidades, tiene particular interés todo lo que tienda   bosquejar la vida de los hijos del desierto, que un día inundaron nuestras comarcas y que extendiéndose por ellas se vieron combatidos incansablemente durante ocho siglos, hasta que, anonadados y vencidos, vi ronse obligados   reparar el Estrecho, dejándonos vestigios imperecederos de su actividad   inteligencia.

El pueblo árabe, si bien derrotado en ocasiones, siempre conserva su salvaje independencia, porque imposible sería dominar, ni aun imponer yugo alguno,   un pueblo nómada, que habita una tierra abrasadora y que trasporta cuando m enos se piensa su tienda y su familia   sitios ignorados   impenetrables.

Ese pueblo excepcional, que ha fundado imperios, que con el alfange en la mano y su feroz entusiasmo por guía ha hecho temblar   poderosas huestes,   reyes invencibles, y que ha descollado en las artes, en la literatura; que un día fué el más adelantado en conocimientos astronómicos, en medicina y en profundos estudios de las ciencias; ese pueblo que nos ha legado gran parte de nuestros cantos y m sica popular, ese pueblo vive en lucha continua y se defiende contra los hombres y contra las fieras con la misma impasibilidad que contempla los progresos de la civilización.

Sin inmutarse, se ve objeto de la curiosidad pública, y lo mismo defiende el desierto y frente   frente con el rey de las selvas   su errante compañera,   la madre de sus hijos y al camello, compañero fiel y necesario de todas sus peregrinaciones y el que sobre sus lomos soporta toda la fortuna, todo lo que constituye la casa de su dueño.

La mujer. sér débil siempre, se aterra al encontrar en su camino al indomable leon y estrecha conmovida entre sus brazos al hijo de su ternura; ipero nada tiene que temer! Su señor vela por ella y se adelanta impávido al encuentro del feroz animal confiado en su certera puntería y en su sangre fria.

Acostumbrado   esos combates vencer , y poco despues emprenderán de nuevo su marcha hasta llegar al sitio elegido, sea aisladamente, sea al campo en donde se reuna con una de esas numerosas tribus que viven completamente libres, sin que ni las leyes impuestas por otro hombre, ni las trabas injustas muchas veces de la sociedad, le ci nan sus cadenas. Verdaderamente es el pueblo rey, el pueblo soberano, y nada hay más bello que admirar   esos hombres sentados   la entrada de sus tiendas y fumando gravemente en su *chibuck* con extremos de  mbar.

La naturaleza les sonrie; la brisa, el cielo, los pájaros, los campos, les inspiran sin duda su indomable fiera y ese amor inextinguible   la libertad.

Los escabrosos desfiladeros, las montañas azuladas no presentan dificultad alguna para que la voluntad del árabe se detenga ni se doblegue; si preciso es, en corto espacio las salvaría para ocultarse más lejos.

Todo es pintoresco entre los  rabes; todo es poético; todo encierra cierta severa majestad que impone; la majestad del hombre libre.

X.

## ¡GLORIAS CUBANAS!

## II.

PLÁCIDO, el bardo matanzero, fusilado por sospechas de conspirador cuando reinaba O'Donnell en la isla, dejó también un gran número de hermosas poesías, que vivirán en Cuba tanto como las fuentes del Alameda y del Yumuri. Si no tenía la cultura literaria de Zenéa; si distaba mucho del gran cantor del Niágara en riqueza de imágenes y en magnificencia de expresión, era, no obstante, un gran poeta. El último de sus cantos, escrito momentos antes de su ejecución, está impregnado, no de amargura y ódio, no de venganza y hiel, sino de amor y de resignación.

Para no hacer este artículo demasiado extenso, nos limitaremos á copiar uno de los muchos sonetos que Plácido improvisó:

## 'LO QUE YO QUIERO.

Basta de amor; si un tiempo te quería,  
ya se acabó mi juvenil locura,  
porque es, Celia, tu cándida hermosura  
como la nieve deslumbrante y fría.

No encuentro en tí la extrema simpatía  
que mi alma ardiente contemplar procura,  
ni entre las sombras de la noche oscura,  
ni á la espléndida faz del claro día.

Amar no quiero como tú me amas,  
sorda á los ayes, insensible al ruego;  
quiero de mirros adornar con ramas

Un corazón que me idolatre como:  
quiero besar una deidad de llamas;  
quiero abrazar una mujer de fuego.

Hé aquí las últimas poesías escritas por Plácido, y firmadas con el pseudónimo de *Gabriel de la Concepción Alvarez*, en la capilla de Santa Isabel, la noche que precedió á su ejecución, el 27 de Junio de 1844:

## DESPEDIDA.

## Á MI MADRE.

«Si la suerte fatal que me ha cabido  
y el triste fin de mi sangrienta historia,  
al salir de esta vida transitoria  
deja tu corazón de muerte herido,  
haste de llanto: el ánimo afligido  
recobre su quietud: moro en la gloria,  
y mi plácida lira á tu memoria  
lanza en la tumba su postrer sonido.  
Sonido melodioso, dulce, santo,  
glorioso, espiritual, puro, divino,  
inocente, espontáneo como el llanto  
que vertería al nacer. Ya el cuello inclino,  
ya de la religión me cubre el manto.  
¡Adios, mi madre! ¡Adios!

EL PEREGRINO.

## Á LA JUSTICIA.

En el alma, cual lucero  
refulgente y peregrino,  
tengo el retrato divino  
de la deidad que venero;  
en vano encontrar espero  
esta belleza ideal,  
y á la mansion celestial  
ir á buscarla deseo,  
porque en la tierra no erco  
que exista el original.

¡Abran del corazón las anchas venas!  
¡Corra mi sangre á consolar tus penas!

En la imposibilidad de copiar entera su magnífica composición *A mi lira*, vamos á transcribir los últimos notabilísimos versos de ella, que entrañan todo su pensamiento y demuestran su completa inocencia:

«¡Adios, mi lira!... A Dios encomendada  
quedas de hoy más. Adios... yo te bendigo.  
Por tí serena el ánimo inspirada  
desprecia la crueldad de hado enemigo.  
Los hombres te verán ahí consagrada;  
Dios y mi último adios quedan contigo:  
entre Dios y la tumba no se miente;  
¡Adios, voy á morir...! ¡SOY INOCENTE!»

Por último, y para terminar, vamos á copiar la magnífica *Plegaria* que, según es fama, fué recitando el desgraciado Plácido por la carrera fatal que recorrió hasta el patíbulo:

«¡Ser de inmensa verdad, Dios poderoso!  
á vos acudo en mi dolor vehemente;  
extended vuestro brazo omnipotente:  
rasgad de la calumnia el velo odioso,  
y arrancad este sello ignominioso  
con que el mundo manchar quiere mi frente.

¡Rey de los reyes, Dios de mis abuelos!  
vos solo sois mi defensor, Dios mío!  
todo lo puedo quien al mar sombrío  
olas y peces dió, luz á los cielos,  
fuego al sol, giro al aire, al monte yelos,  
vida á las plantas, movimiento al río.

¡Todo lo podéis vos, todo fenece  
ó se reanima á vuestra voz sagrada;  
fuera de vos, Señor, el todo es nada  
que en la insondable eternidad perece;  
y aun esa misma nada os obedece,  
pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia,  
y pues vuestra eternal sabiduría  
ve al través de mi cuerpo el alma mía,  
cual del aire á la clara transparencia,  
estorbad que humillada la inocencia  
bata sus palmas la calumnia impía.

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia  
que yo parezca cual malvado impío,  
y que los hombres mi calvario frío  
ultrajen con maligna complacencia,  
suene tu voz y acalme mi existencia;  
¡¡cumplase en mi tu voluntad, Dios mío!!

N. ESTÉVANEZ.



## TEATROS.

**Circo:** *El clavo ardiendo*, drama en cuatro actos y en verso, original de D. Manuel Valcárcel.—**Martin:** *Un novio á pedir de boca*.—**Novedades.**

No se trata de un autor novel, razon por la cual debemos mostrarnos un tanto severos con el Sr. Valcárcel,

á quien conocemos y estimamos en lo que vale.

Las obras de este autor se distinguen por lo desaliñado de la forma y lo pretencioso del fondo; y su lenguaje, falto de claridad y franqueza, aparece cubierto con cierto velo misterioso, cual si sus obras se vieran á través de un cristal empañado.

Si á esto se agrega los interminables monólogos, la



PATIO DE UNA CÁRCEL DE HOMBRÉS.

puerilidad con que sus personajes se enfadan y tornan á desenfadarse; lo descarnado del pensamiento y lo atrevido de las situaciones, se comprenderá con cuánta razon el público imparcial le acogió con marcada frialdad, en contra de ciertos amigos un tanto imprudentes.

El drama del Sr. Valcárcel contiene bellísimos y delicados trozos de poesía y elevados y nobles pensamien-

tos; pero el plan ó la fábula, presentan un abigarrado conjunto de situaciones violentas, de efectos inverosímiles y de personajes extraños, tontos unos, descreídos otros é inmorales todos.

Un banquero quebrado; un libertino sin honra y sin té, abandonado y saqueado por su querida y colocado entre la ruina y el suicidio, ó el trabajo y la virtud, no

vacila en aceptar la deshonra casándose con una mujer que adora á su amigo Ernesto, para que sirva de querida á un Sr. Lopez Fuentes, que sin duda por esto le supone el autor ministro de *Fomento*, hombre que niega la virtud y la conciencia, y que á costa de un puñado de oro convierte al marqués en ese moderno empleo, tan lucrativo como poco honroso, que hoy se designa con el gráfico nombre de marido-pantalla.

Un tío avaricioso; un amante y poeta tonto; un vizconde libertino y estafador, y una mujer ingrata que, lejos de sufrir resignada la pobreza á que ve reducido á su tío, y trabajar para sustentarlos mientras que Ernesto torna de América de vuelta de una comision, que el ministro Lopez Fuentes *le ha encargado* sobre la propiedad literaria, prefiere unirse al banquero, sin sospechar de su repentino amor, ni de las continuas visitas del señor Lopez Fuentes á su casa, ni de la ridícula posicion de su marido.

Y su esposo, el banquero quebrado, el marido-pantalla, es quien al final del acto segundo se atreve á exclamar cuando Ernesto, su amante, de vuelta de América, pide á Teresa cuentas de su amor y su conducta: *¡Es mi esposa y es honrada!* Y esto lo asegura... ¿quién? ¡el miserable que no vaciló en vender su honor y la virtud de su mujer por un puñado de oro, para acabar en un desafío que se parece mucho á un suicidio!

Tal es, á grandes rasgos, el argumento del drama, verdadero *clavo ardiendo* que no es posible tocar sin abrasarse.

Poco feliz hallamos al Sr. Valcárcel en la disposicion del plan de su obra, pues la exposicion de la trama, que segun las reglas admitidas debe ser *clara y breve*, tiene en su obra dos largos actos, de los cuales sobra por lo ménos uno, y sí, como decia un célebre autor, *el drama es la representacion poética de una accion humana que tiene por objeto interesar y complacer á los espectadores*, la obra del Sr. Valcárcel no reúne ninguna de estas condiciones, lo cual es más de lamentar cuando el autor cuenta con el talento y los conocimientos que reconocemos en este distinguido escritor.

¿Ha olvidado el Sr. Valcárcel que el interés teatral es relativo á la accion y á los personajes, y que ni el argumento de su drama logra *conocer*, ni sus personajes *interesar* á los espectadores? ¿Que este interés es la primera de todas las reglas dramáticas, que puede decirse que á ella están subordinadas las demás, y que es imposible interesar al público con un marido-pantalla, un amante tonto, un ministro descreido, una mujer frívola y un vizconde estafador?

Créanos el Sr. Valcárcel, medite el plan de sus dramas y estudie bien los personajes: sujete el argumento á las verdaderas reglas: huya de esa oscuridad en la frase, de ese desaliño en la forma y de ese exagerado lirismo con que presenta sus obras; y con su claro talento, su fácil versificacion, y sus nobles instintos, emprenda obras más sencillas y fáciles; recuerde que *no es bello lo que no es moral*, y recogerá, seguros estamos, abundante cosecha de aplausos y lauros justamente adquiridos.

De la ejecucion solo diremos que, así Matilde como Manuel Catalina, merecieron justos aplausos; al Sr. Casañer siempre le encontramos igual, abusando de ciertos gritos, que son del peor efecto; el Sr. Oltra hizo un papel que no es de su cuerda, y que, gracias á su talen-

to y á su grande conciencia artística, logró sostener y salvar; el Sr. Caballero representó un papel superior á sus fuerzas, y nos parece extraño que el Sr. Catalina y el autor no comprendieran que el cambio de papeles de los Sres. Oltra y Caballero perjudicaba, más bien que beneficiaba, á la obra. El Sr. Romea, en su papel del vizconde, perfectamente.

En el teatro Martin, más concurrido cada noche, á pesar de la *inocente é imparcial* opinion de ciertos periódicos, se ha estrenado con el más satisfactorio éxito el juguete en un acto, *Un novio á pedir de boca*, original de D. Juan R. Rubi.

En Novedades ha comenzado á funcionar un cuadro de apreciables artistas, que han merecido justos aplausos en *El conde de Monte-Cristo*, *Jaime el Barbudo* y otras obras del repertorio.

Sin duda por aquello de que *todo lo malo se pega*, el Can-can de Capellanes ha encontrado imitadores en *Novedades*, y lo sentimos por la empresa, por los bailarines y por nosotros mismos, que nos vemos en el imprescindible deber de protestar hoy contra el de Novedades del mismo modo que lo hicimos ayer contra el de Capellanes.

En el teatro de la ópera la representacion de *I Puritani* ha sido un verdadero triunfo para este coliseo, en el que se prepara la nueva ópera *Don Sebastian*.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

## FIESTAS MAYORES EN CATALUÑA.

### (Baile de plaza).

En Cataluña se celebran desde tiempo inmemorial las llamadas Fiestas Mayores, á las que acuden gentes de muchas leguas en contorno.

Despues de la fiesta religiosa toca el turno á la profana, descollando el baile con sus gráficos nombres de *Zarafanda*, *bulnagera*, *ball rodó ó contrapás*, *tirabou*, *camellera* y *baile de plaza*.

No es extraño verlos comenzar por los representantes del magnífico ayuntamiento, sombrero en mano, cubiertos los hombros con el célebre gambeto y ciñendo la roja banda. Una vez formadas las parejas, se separan los hombres de las mujeres, colocándose en corro, uno enfrente de otro, balanceándose al compás de una contradanza, sin tocarse apenas las manos, y formando media cadena, para terminar luego en una rueda general.

Mientras la *cama* ó descanso se presentan unos mozos con ramos y abanicos en bandejas, con los que obsequian los bailarines á sus compañeras, pagándolos al precio marcado en la tarifa, el cual se invierte en los gastos de la fiesta, causando gran alegría en las jóvenes el obtener mayor número de ramos ó abanicos, que conservan largo tiempo, y aun los transmiten á sus hijas como recuerdo cariñoso de aquellos felices dias.

## PATIO DE UNA CARCEL DE HOMBRES.

¡La cárcel!

Mezcla extraña del placer y del dolor; antro terrible de virtud y vicio; laguna ponzoñosa de corrientes cristalinas y ennegrecidas aguas; conjunto aterrador de crímenes y dolores, merced á nuestro sistema de cárceles y presidios.

El niño conducido á la cárcel por vago; la criatura arrebatada al mundo por culpas ajenas y encerrada entre criminales; el sér virtuoso á quien una calumnia, la miseria ó el hambre de sus hijos le han impellido á cometer una falta, al contacto de esos hombres encallecidos en el vicio, al perder sus ilusiones, la virginidad de su alma y la paz de su conciencia, mezcla una horrible blasfemia á un grito de dolor, y amarrado á las duras rejas de la cárcel, sujeto á la tiránica voluntad de sus depravados compañeros, se convierte en un criminal como ellos, y mientras que la sociedad pierde un hombre honrado, el crimen gana un sicario más.

Tal es la situación y tal el principio y el fin del desdichado que cae una vez, merced á nuestro infame sistema de cárceles, en donde, lejos de apartar al hombre honrado del vicioso, se convierte á ambos en dos nuevos criminales.

Es necesario la pronta extincion de la pena de muerte y de las penas perpétuas y un verdadero sistema penal penitenciario, donde el hombre honrado, separado del criminal, recogido en el fondo de su conciencia, moralizado y arrepentido, torne al mundo completamente regenerado.

¡Qué día tan feliz aquel en que la ley, al contrario de lo que acontece hoy, trueque al hombre criminal en un honrado y virtuoso ciudadano!

## LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1795,

POR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuacion.)

Ya habiamos concluido é íbamos á salir, cuando Lisbeth, que acababa de lavar los platos y se secaba las manos en la toalla, detrás de la puerta, me preguntó.

—Di, Fritzel, ¿te vas á quedar aquí?

—No, que voy á buscar á Hans Aden.

—Pues bien, puesto que te vas á calzar los zuecos, vé casa del colmenero por miel para la francesa; el señor doctor quiere que le haga una bebida con miel. Toma un plato y vé. Di al colmenero que es para tu tío Jacob. Toma el dinero.

Nada me gustaba tanto como desempeñar un encargo, sobre todo cerca del mauser, que me trataba como á persona razonable. Cogí, pues, el plato y salí con Escipion para ir casa del colmenero, calle de las Hortigas, detrás de la iglesia.

Algunas comadres comenzaban á barrer las puertas.

En la posada de la *Aicarrasa de oró* se oía ruido de

vasos y botellas; cantaban y reían y se veía gente subiendo y bajando las escaleras. Como era viérnes, me pareció aquello extraordinario y me detuve para ver si era boda ó bautizo. Desde la acera opuesta, donde estaba, empuñándose sobre la punta de los pies para ver el interior, descubrí en el fondo de la cocina la extraña silueta del mauser, inclinándose delante del hogar, la pipa entre los labios y en la mano un tizon.

Algo más lejos, á la derecha, ví á la vieja Gredel con su cofía llena de cintas, arreglando los platos en la leja, sobre la que se paseaba un gato gris encorvando el lomo y levantando la cola.

Un momento despues, vino el mauser lentamente hacia la entrada, lanzando bocanadas de humo y le grité:

—¡Mauser! ¡Mauser!

Al oirme, avanzó hasta el borde de la escalera y me dijo sonriendo:

—¿Eres tú, Fritzel?

—Sí, iba á vuestra casa á comprar miel.

—¡Bien! sube y beberás un traguito; en seguida iremos los dos á casa.

Y volviéndose hacia la cocina:

—Gredel, gritó, hacédme el favor de traer un vaso para Fritzel.

Habia subido apresuradamente y entramos seguidos de Escipion.

En la sala, y á lo largo de las mesas, se veía entre las nubes de humo gente con blusa, chaqueta y camisetas, con gorros de algodón ó de piel inclinados sobre la oreja; algunos sentados en fila, otros á caballo en los bancos, levantando vasos llenos y celebrando alegremente la victoria de Kaiserslautern. Por todas partes se oía cantar el *Faterland*; algunas viejas bebían con sus hijos y parecían tan alegres como los demás.

Seguí con el mauser hasta la ventana del lado de la calle. En el rincon de la derecha estaban el amigo Koffel y el viejo Adam Schmitt delante de una botella de vino blanco.

En el rincon de enfrente, el tabernero José Spick, con el gorro inclinado á lo maton, y el Sr. Richter con gaban de caza y altos botines de cuero, bebiendo *gleinzeiler* de sello verde. Los dos estaban encarnados hasta las orejas y gritaban:

—¡A la salud de Brunswik! ¡A la salud de nuestro glorioso ejército!

—¡Eh! dijo el mauser acercándose á la otra mesa, ¿plata para un hombre!

Y volviéndose Koffel, me estrechó la mano, mientras me decía el viejo Schmitt:

—¡Enhorabuena! ¡Enhorabuena! ¡Ya tenemos refuerzo!

Hízome sentar á su lado contra la pared, y Escipion vino en seguida á lamerle la mano como á antiguo conocido.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Eres tú, veterano? ¡Parece que me reconoces!

Gredel trajo un vaso y el mauser le llenó.

En el mismo momento comenzó á exclamar en otra mesa el Sr. Richter con acento burlon:

—¡Eh, Fritzel! ¿cómo está el señor doctor? ¿No viene á celebrar la victoria? ¡Es extraño, muy extraño, siendo tan buen patriota!

No sabiendo qué contestar, dije en voz baja á Koffel:

—Mi tío ha marchado en trineo á cuidar á un pobre leñador que se ha herido.

Volviéndose entonces Koffel, dijo con voz fuerte:

—Mientras que el nieto de un criado de Salm-Salm alarga las piernas bajo la mesa, pone los piés en el brasero y bebe gletszeiler á la salud de los prusianos, que se burlan de él, el señor doctor Jacobo camina sobre la nieve para socorrer á un pobre leñador de la montaña herido. Esto produce ménos que prestar á usura, pero demuestra mejor corazón.

Koffel tenia una gotita de más, y todos le escuchaban sonriendo; Richter, con el rostro alargado y contraídos los lábios no contestó al pronto, pero al cabo de un momento dijo:

(Se continuará.)

## REVISTA GENERAL.

El ministerio Malcampo-Candau; el ministerio de *lan-co*, según los periódicos, y de *broma*, según el Sr. Martos, cayó bajo el peso de tres solemnes votaciones, y ciento setenta y cinco diputados en representación de la *soberana voluntad* del pueblo español han arrojado de su asiento á ese gobierno calificado de *reaccionario* por los diputados: pero ¡oh sorpresa! cuando todos creían que el ministerio arrojado de su asiento se disponía á presentar su dimisión, el Sr. Malcampo leyó un decreto firmado por D. Amadeo de Saboya suspendiendo las sesiones de las Cortes.

Es decir, ¡lo vemos y aun no lo creemos! ¡que existe en España más voluntad que la de los españoles! ¡Que en la altiva *Iberia* vive un extranjero, cuyo capricho está por cima de la soberana voluntad de todo un pueblo! ¡Es decir, que la Constitución está rasgada, pisoteados sus artículos y falseados sus propósitos! Pues si esto es así, la union entre el pueblo y el rey está perfectamente rota. La Constitución no es otra cosa en todo pueblo libre que el lazo de union entre el trono y la nación, y cuando el trono—que jamás el país—falta á él, desaparece la union y el pacto se rompe, recobrando el pueblo su soberanía *anterior y superior á todo pacto*, y el trono cae con estrépito en Inglaterra, Francia, Grecia, Nápoles, Parma, Toscana, España, Paris y Roma.

¿No lo recuerda bien D. Amadeo de Saboya? ¿No recuerda que si su padre es rey de Nápoles y Sicilia, de Toscana y Parma, lo debe á las *torpezas* de aquellos reyes, lo debe á la *tiranía* de aquellos monarcas, lo debe, en fin, á que despreciando aquellos soberanos el espíritu liberal de la época rasgaron el pacto constitucional, y que en la tremenda *lucha por ellos principiada y sostenida*, el pueblo se lanzó á la pelea, y sobre sus derumbados sólos clavó la bandera popular, aquella hermosa bandera que, según la historia, reemplazaba antiguamente á la enseña pontificia en las altas torres de Bolonia, de Rávena, de Florencia y Roma; aquella bandera de púrpura en la que en letras colosales, tan colosales como la soberana voluntad del pueblo, leían los papas con espanto y terror la gloriosa palabra *Libertas*?

¿Qué se propone D. Amadeo de Saboya al provocar esta terrible *lucha*? ¿Por qué criterio se rige el antiguo duque de Aosta, cuando hace pocos días reemplazó un ministerio por haber sido derrotado en la eleccion de

presidente por trece votos de mayoría, y hoy conserva á su lado un gabinete compuesto de nulidades políticas, combatido dentro é insultado fuera, y tres veces derrotado por la voluntad nacional?

¿Cómo un rey que se llama constitucional *admite y sostiene* lo que el pueblo *combate y arroja*? ¿Dónde ir á buscar desde hoy el sentido del artículo constitucional que dice que *la voluntad de la nacion reside en la Cámara*?

¿Cómo unir de hoy en adelante estas *dos soberanías*? ¿Ni cómo creer superior la de un extranjero elegido por 191 diputados—empleados, que tiene por asiento un trono de madera, ante la soberanía del pueblo español, que tiene por trono toda la tierra que se extiende desde el cabo de Crens al de Finisterre?

Creemos, pues, que el pacto—constitucional, roto por D. Amadeo de Saboya, ha deslizado al pueblo español del compromiso que le crearon 191 de sus mandatarios, y creemos, por tanto, que el pueblo ha recobrado de nuevo su soberanía, anterior y superior á todo, y el que de buen español se precie debe colocarse á su lado, porque es una verdad consignada por la historia de todos los países que los monarcas se van y los pueblos siempre se quedan.

No somos nosotros solos, ¡republicanos federales, los que de tal suerte opinamos; el diario monárquico *El Universal* dijo en un momento solemne, cuando aun España no tenia rey, y no ha tenido inconveniente en repetir hoy, que *cuando el rey pretende anular la soberanía de la nacion, el rey queda anulado, como se anulan los reyes cuando extralimitan sus facultades*.

Parécenos con su opinion no puede ser sospechosa, ni puede estar más clara y terminantemente expresada.

Como si esto no bastara para demostrar que estamos en un momento solemne y que es *general* la creencia de cuanto dejamos expuesto, *El Imparcial* ha publicado un artículo bajo el epígrafe de *Cortesía parlamentaria*, atribuido al Sr. Echegaray, que ha causado profunda impresion en todos los círculos políticos, y en el que hallamos párrafos como el siguiente, que merecen ser conocidos de nuestros lectores:

«La voz, siempre solemne, de las Cortes, es la voz del pueblo español, y al pueblo español, fuente de toda legitimidad, no se le vuelve la espalda sin oírle, ni con desden se resuelve de antemano, prescindiendo de lo que pueda decir.»

«Ministros que en tal momento tal medida aconsejan, faltan á la Asamblea, desafiando sus deliberaciones, y faltan al monarca comprometiéndole sin necesidad . . .»

«¡Viva el rey! gritaban los de Sagasta, interpretando *torpe é inconstitucionalmente* el decreto de suspension. ¡Viva el rey! gritaban muchos de la izquierda con profunda y prudente resignacion monárquica. Y á estos vivas respondia como eco fúnebre y amenazador el ¡Viva la republica! de los federales. Eco de guerra que apagó el gabinete Zorrilla haciendo *cinca legal* á la idea republicana; eco terrible que han despertado las falanjas fronterizas y sagastinas con su imprudente grito de victoria, y que no será la última vez que en el Parlamento resuene sí, *contra todo principio constitucional*, se continúan descontando de las mayorías parlamentarias los votos que no acomodan, y de esta manera, por

miserables intereses de partido, se expulsa de la legalidad á unas á otras fracciones.»

Nosotros creemos que el huracan revolucionario empieza á soplar, ese huracan que derriba los tronos y rompe los duros hierros de la tiranía, dando á los pueblos libertad y gloria.

Como consecuencia sin duda de la actitud de los periódicos, los radicales se han reunido el día 26 en el *Círculo de Price*, y allí, ante una concurrencia extraordinaria, se han pronunciado discursos y frases como las siguientes:

*Figuerola*.—La libertad está en peligro.

*Sanromá*.—Solo tienen miedo los que caminan por sendas que conducen á la reaccion; los que calumnian y los que duermen tranquilamente y se presentan en tuertos en un gaban que encubre un frac y unos guantes blancos, denunciadores de una especie de golpe de Estado.

*Salmoron* dijo que los que habían abandonado al pueblo de Madrid se habían ido con los que llamaban foragido al invicto general Prim, y que si Calvo Asensio tornara al mundo y viera á su *Iberia*, especie de *Biblia* de los liberales, se volvería al sepulcro.

*Martos* calificó de miedo y de innoble bofetada al noble pueblo de Madrid el haber tenido estos días las tropas sobre las armas: llamó al gabinete el ministerio de los sordo-mudos y de los siete durmientes, considerando como un extravío la actitud del ministerio.

*Salazar* habló duramente contra Sagasta.

*Ruiz Zorrilla* reasumió, recordando que su partido defiende el trono constitucional y está dispuesto á defenderlo en el sentido más liberal y progresivo; dijo que no tenía impaciencia por el poder, pues cuanto más tarde más seguro será, y terminó con un viva á la Constitución y otro á D. Amadeo.

Compadecemos al Sr. Zorrilla si cree de buena fé que D. Amadeo llamará jamás al poder á los radicales: don Amadeo de Saboya los llamaría en un momento de lucha, como doña Isabel en 1854 para arrojarlos en 1856, si hoy el partido progresista representara como entonces la opinion del país. Desengáñese el Sr. Zorrilla: las democracias tienden á ampliar las libertades y los derechos populares, y los reyes á recortarlos hoy para anularlos mañana: mediten bien el Sr. Zorrilla y sus radicales, y tengan presente que jamás serán gobierno porque no son *palaciegos*; que nuevos *obstáculos tradicionales* se levantan entre ellos y palacio; que hoy tienen en su mano su única y verdadera salvacion, y que mañana será ya tarde.

Parece que el ministerio no piensa en abrir las Cortes, y como, segun la Constitucion, no pueden ser cobradas las contribuciones sin que sean votadas por la Cámara, reproduciendo dichos artículos constitucionales.

Art. 15. Nadie está obligado á pagar contribucion que no haya sido votada por las Cortes, ó por las corporaciones populares legalmente autorizadas para imponerlas, y cuya cobranza no se haga en la forma prescrita por la ley.

Todo funcionario que intente exigir ó exija el pago

de una contribucion sin los requisitos prescritos en este artículo, incurrirá en el delito de exaccion legal.»

La comision de indultos de la Asamblea francesa ha negado la apelacion interpuesta por Rossel y Ferré, que se cree serán ejecutados en breve.

Dudamos mucho que Tihers arroje sobre su frente la sangre de estos dignos ciudadanos.

El *Diario oficial* publica un decreto suspendiendo el diario radical *Le Rappel*.

En Bruselas se verifican imponentes manifestaciones contra el ministerio por el nombramiento del Sr. De Decker, administrador del Instituto Lagrand Dumonceau, para gobernador del Limburgo: Los alborotadores han roto á pedradas los vidrios de los balcones, la Guardia nacional está sobre las armas, y han llegado tres regimientos de Amberes.

El príncipe de Gales, atacado de una fiebre tifoidea, se encuentra en muy mal estado.

En un gran *meeting* de obreros celebrado en Bristol se ha acordado por unanimidad *no considerarse satisfechos hasta que una Republica sólida y estable reemplace á la costosa monarquía inglesa*.

En las elecciones municipales celebradas en Portugal han triunfado las oposiciones en casi todos los comicios.

Víctor Manuel entró en Roma.

El Papa ha preconizado 19 obispos, entre ellos 14 italianos.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

Llamamos la atencion del público sobre la magnífica Galeria de figuras de cera, en la que se ha estrenado un bellissimo grupo que representa *Vénus en la fragua de Vulcano*, el cual ha merecido los más entusiastas elogios de toda la prensa. Su director, el Sr. Malagarria, desearo de complacer á un público que tanto le favorece, ha rebajado el precio de la entrada, de 4, á 2 rs.

## ADVERTENCIA IMPORTANTE.

La Empresa de LA ILUSTRACION REPUBLICANA FEDERAL, consetuente con la idea que emitió al comenzar su publicacion, de no ser el lucro para la Empresa, sino el medio de reparar en sacrificios para que LA ILUSTRACION correspondiera al favor siempre creciente de nuestros amigos, ha acordado en beneficio de estos, y en vista del poco lucimiento que los grabados tienen en el texto, publicarlos aparte, en una hoja de papel fino, desde el próximo año 72, dejando las diez y seis páginas para lectura y sin aumentar en lo más mínimo su precio.

Esperamos que esta innovacion será acogida por nuestros amigos con su acostumbrada benevolencia, demostrando una vez más los deseos que animan á esta Empresa en favor de sus abonados.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

Madrid: 1874.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.